

Josep ESCRIG ROSA: *Contrarrevolución y antiliberalismo en la independencia de México (1810-1823)*, Zaragoza, El Colegio de Michoacán / Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021, 500 pp., ISBN 978-84-1340-222-2.

Rodrigo Moreno Gutiérrez
Universidad Nacional Autónoma de México

Discursos contrarrevolucionarios en la era de las revoluciones

Ni las independencias hispanoamericanas tuvieron que haber ocurrido, ni el estado nacional tenía un solo modelo, ni había un destino o un lado correcto de la historia. Este libro busca recuperar algunos de los futuros posibles que se imaginaron hace doscientos años y que terminaron por desvanecerse, en esa medida es un estudio que historiza la toma de decisiones y los debates, que recupera un pasado libre de teleologías o trayectorias necesarias y fatales y que, justo por eso, ayuda a comprender mejor, es decir, de manera más completa, un conflicto histórico puntual: la guerra revolucionaria de las independencias hispanoamericanas a partir del caso mexicano. Y lo hace rastreando las argumentaciones de quienes, por muy distintos motivos, buscaron impedir lo que vieron como revolucionario y alterador de un orden de cosas que entendían como natural y deseable y que hoy, a falta de mejor nombre, llamamos tradicional.

Josep Escrig, historiador por la Universidad de Valencia y amplio conocedor de los archivos mexicanos, rastrea en esta obra los caudalosos y no siempre coherentes devaneos que nutrieron a la contrarrevolución en los dominios españoles en América. No es una historia de la movilización armada o de la contrainsurgencia (que la hubo y, me parece, está todavía por estudiarse a fondo) sino de sus premisas. La publicación forma parte de la cada vez más completa colección de Ciencias Sociales de las Prensas de la Universidad de Zaragoza (aliadas para esta edición con El Colegio de Michoacán) y su origen se encuentra en la tesis doctoral que el autor defendiera en 2019. Al considerar al



Atlántico hispánico como un ámbito de circulación e intercambio, Escrig examina los lenguajes y las discusiones en tanto experiencias con dimensión humana que fueron trasladadas, apropiadas y proyectadas por sujetos históricos concretos dotados de intereses, expectativas y temores.

Con dichas miras, el autor explora los argumentos espetados contra las insurgencias, el republicanismo y el liberalismo, es decir, contra todo lo que el nacionalismo decimonónico mexicano terminó por asumir como propio y esencial. De esta forma, Escrig da nombre y contexto a todo un corpus de posturas que partieron del rechazo, pero cuya creatividad intelectual nos permite hoy comprender las tensiones y los conflictos (no necesariamente dialécticos) propios de aquellas sociedades que transitaron de los imperios a los estados nacionales.

Es, también, un análisis de los dichos y los argumentos contra las insurgencias pero no siempre contra el independentismo. Escrig dedica especial atención al periodo definitivo del proceso independentista mexicano que habitualmente ha sido conocido como "consumación", precisamente para explicar ahí los giros y las adaptaciones de un tipo de antiliberalismo contrarrevolucionario que para conservar, rompió (o favoreció y justificó la movilización que terminó por romper) en 1821 los vínculos políticos con la monarquía española, por aquel entonces liberal y constitucional, para propiciar el establecimiento del estado nacional mexicano bajo la forma concreta de un Imperio.

Contrarrevolución y antiliberalismo es una historia de resistencias y reacciones y rechazos en un mundo que se desmoronaba ante los ojos de esta serie de publicistas y opinadores, en buena parte eclesiásticos, indispuestos a concederle bondades a los frágiles sistemas representativos en que comenzaba a erigirse una soberanía distinta a la de los monarcas. De esta forma también es un análisis de sus angustias y de su defensa del trono y el altar y de una manera de ejercer el poder y la autoridad desprendida de ambas potestades. Pero sobre todo es una historia de las peculiares politizaciones de la era revolucionaria paridas por la matriz cultural católica de la monarquía española.

Una de las grandes virtudes de este libro estriba en su esforzada actualidad historiográfica doblemente meritoria en tanto que contiene y dialoga con lo publicado a ambos lados del Atlántico y en particular con todo lo dicho sobre la contrarrevolución y el conservadurismo. La otra tiene que ver con las fuentes que lo sustentan. Escrig recorrió archivos nacionales, regionales y locales de México y España para encontrar publicística diversa, sermones, publicaciones periódicas, folletería variada, correspondencia pública y privada y actas legislativas que le permitieran, en conjunto, no solo dar cuenta de los discursos que cimentaron el antiliberalismo, sino incluso de sus mecanismos de circulación en Nueva España y el Imperio Mexicano para explicar las complejas redes intelectuales de préstamos, añadidos, censuras y apropiaciones de ideas y argumentos. Tras el sólido acopio documental, el autor eligió con tino los pasajes significativos que le

permitieran ilustrar las singularidades y el suelo común del pensamiento contrarrevolucionario en los albores del siglo XIX.

Me parece que los grandes debates historiográficos en los que este estudio se inscribe –además de los discursos y el pensamiento contrarrevolucionario– son los que se relacionan con el realismo, el conservadurismo en un sentido muy amplio, la restauración (como periodo y como proyecto), la politización religiosa o la cultura política católica, el surgimiento de la opinión pública, los lenguajes e imaginarios políticos y la secularización y separación decimonónica entre Iglesia y Estado.

El libro se encuentra estructurado en dos grandes partes que dan cuenta de ciclos o etapas contrarrevolucionarias. El análisis busca equilibrar explicaciones problemáticas pero atendiendo los momentos coyunturales altamente significativos en aquel proceso revolucionario, aunque en definitiva la estrategia narrativa es diacrónica. En la primera parte Escrig historia el origen antifrancés de un conjunto de tendencias que se desarrollaron a lo largo de la crisis política de la monarquía española que terminaría, dos o tres lustros después, en escindir su parte americana. Ahí se describe la matriz antinapartista de un tipo de discursos que se proponían la defensa de la tríada clave de la movilización (rey, religión y patria) para emparentar la guerra con un tipo de identidad que se asumía en riesgo. Ese fue el contexto en el que se cocinó la idea de la guerra como una obligación patriótica pero también religiosa y el rechazo a Napoleón no solo como la defensa de la libertad, sino como el dique al libertinaje y al ateísmo.

Escrig escudriña el desdoblamiento de estos razonamientos en el ámbito novohispano en donde el fernandismo pareció bifurcarse con el estallido insurgente de 1810. Con las lealtades en disputa al calor del levantamiento popular, el realismo tuvo que enfatizar su carácter contrainsurgente para lavar el nombre de Fernando VII, tan manoseado por los rebeldes, y para marcar los únicos canales legítimos del ejercicio de la fe como razón de ser de la monarquía católica. En estas páginas queda expresada la revolución como ensanchamiento de los espacios de opinión y como surgimiento de nuevos actores y agentes. El autor analiza no tanto el traslado de la guerra al ámbito de la opinión pública sino su multiplicación en este y, en esa operación, la rápida construcción de esa arena colectiva en la que se disputaron y afinaron conceptos como el de independencia. Ahí todo quedó en entredicho y todo hubo de discutirse: la legitimidad de la conquista, la obra legislativa gaditana, la libertad de imprenta, la patria (o su sentido), el lugar de la religión en la conducción del orden político.

Uno de los elementos mejor explicados es la construcción del enemigo, fenómeno consustancial a toda conflagración pero que, en el caso de la guerra americana, revistió su propia complejidad toda vez que tirios y troyanos decían (al menos al principio) pelear por lo mismo (rey, religión y patria). Escrig se encarga de dar seguimiento a esas peculiaridades que permitieron a la contrainsurgencia asegurar su (verdadera y única) fidelidad señalando los que a su juicio eran embustes y falsedades de los rebeldes,

señalándolos como herejes y como vasallos traidores a su legítimo monarca y a los gobiernos que en su nombre regían la nación española. En ese contexto, la americana figura no solo como extensión de la guerra contra (el anticristo) Napoleón sino como último y definitivo capítulo de la reconquista española y, en definitiva, de la cruzada por el imperio de la verdadera religión.

El libro ofrece una sugerente revisión de los sinsentidos de la imposible restauración (1814-1820) y de su recalcitrante antiliberalismo, época que abrió un absolutismo posrevolucionario y patrimonialista, replicado en América en funcionarios, argumentos y prácticas políticas imbuidas por la guerra y por el ímpetu represivo, lo que le agregó al régimen virreinal un militarismo obsesionado con la subordinación y el orden público y con la unidad y la integración.

La segunda parte examina la impronta contrarrevolucionaria en los años que mediaron entre el restablecimiento de la vigencia constitucional gaditana y la caída del Imperio Mexicano, es decir, el periodo equivalente al Trienio Liberal (1820-1823). Aquí Escrig revisa con especial atención la actuación política de la Iglesia y el veletismo oportunista de curas y prelados ante el nuevo independentismo camaleónico de 1821, tan difícil de interpretar y entender para la historiografía mexicana. En ese marco, se da seguimiento a las reacciones novohispanas a las medidas del gobierno liberal de las Cortes de Madrid y se explican los temores y las posturas de eclesiásticos, grandes propietarios y autoridades políticas y militares. Aunque el análisis podría haber incorporado más directamente aquella bien documentada “euforia constitucional” que ciertamente hizo más poliédrica la independencia mexicana, se entiende que la atención se haya destinado a la faceta más supuesta pero efectivamente poco historiada del pánico reaccionario que suscitó el liberalismo del Trienio y que habría provocado el origen y el sustento del afán rupturista conservador de 1821. En cualquier caso, resulta refrescante, por cuidadosa y por complementaria, la revisión de la coyuntura 1820-21 en consideración de los temores y expresiones del servilismo bicontinental que azuzó una campaña de miedo y que insufló una independencia que debía dejar de ser revolucionaria. De esta manera parece más comprensible la llamada consumación de la independencia o, mejor dicho, una faceta de esa independencia: la decidida e indisolublemente católica y providencialista, la de la utopía contrarrevolucionaria que fue aupada por las promesas restauradoras de Iturbide. Esa cara está muy bien explicada, pero es verdad que no fue la única y que el constitucionalismo y la guerra y la insurgencia y el republicanismo también conformaron integralmente el sentido de esa compleja ruptura en la que casi todo cupo.

La recuperación de discursos, sermones e impresos diversos resulta por completo ilustrativa del aire de los tiempos en que se fundó el Imperio Mexicano, del lugar que muchos (fundamentalmente religiosos) le dieron a la Iglesia y al catolicismo y de la manera en que estos ingredientes se hicieron ver como naturalmente incompatibles con el orden constitucional gaditano por entonces vigente y que amparaba, por ejemplo, a los

más de mil ayuntamientos constitucionales en los que también hubo de negociarse y jurarse la independencia trigarante. Independencia *sui generis* por fidelista y fernandista y que algunos vieron como única tabla de salvación para un rey secuestrado por jacobinos delirantes. Así se fue sublimando la figura de Iturbide no solo como héroe militar sino como protector de la religión y auténtico libertador en tanto restaurador del respeto a la jerarquía y foralidad eclesiásticas.

Naturalmente, tras la independencia pronto aparecieron las primeras decepciones por las evidentes divisiones en el seno del flamante Imperio Mexicano entre liberales moderados y contrarrevolucionarios ultramontanos. La independencia no había resuelto nada, o nada que no fuera propiamente la ruptura con aquella España liberal. Escrig desempolva a nostálgicos y reaccionarios y analiza ahí los debates que más importaban al conservadurismo más duro. También disecciona las expectativas ultramontanas en el fugacísimo Imperio de Agustín I (julio de 1822 a marzo de 1823): sus disputas por el pasado reciente y sus ideas sobre la revolución y sus medios. Es muy interesante la recuperación de las controversias sobre la soberanía y la paulatina disolución de los ribetes liberales en un gobierno cada vez más autoritario y falsamente napoleónico por ese tufo dictatorial y militarista heredado por la experiencia de guerra. Quizá en las últimas páginas se desdibuja un tanto el eje del antiliberalismo y de la contrarrevolución por la prisa de resumir las dificultosas relaciones (o pretensiones) del Estado mexicano con la Iglesia, pero en el ínterin se dejan sembradas valiosas sugerencias para exploraciones futuras.

En definitiva, las aportaciones del libro son sustanciosas. Destaco el atento seguimiento de la contracara del liberalismo o de la revolución o de la llamada modernidad política, es decir, Escrig nos ayuda a entender mejor con qué argumentos estaban lidiando día con día aquellos autores y actores políticos que mejor conocemos y a los que usualmente se ha identificado como protagonistas de la era revolucionaria (y en particular de la independencia mexicana). El libro restituye la densidad, la persistencia y la polivalencia de ese conservadurismo antiliberal o antiliberalismo conservador que a veces se ha interpretado como monolítico y simplón. Su lectura contribuye a calibrar los límites de los discursos y de las disputas en los tiempos del derrumbe español al incorporar la amplia gama contrarrevolucionaria como «parte integrante y constitutiva de la experiencia revolucionaria en el mundo iberoamericano» (p. 438)

Y esa recuperación es vital para entender su enorme poder movilizador. Entendido así, este libro puede seguirse como un recorrido por los cimientos de una de las partes beligerantes de las guerras independentistas y de las guerras civiles decimonónicas iberoamericanas. Porque en realidad es la historia de quienes pensaron como necesaria la defensa de la religión (y del rey y de la patria) y que vieron en la guerra un providencial proceso de depuración, regeneración, purificación y purga.

Permanente­mente atento al contexto y a los vasos comunicantes entre la España peninsular y la América española, *Contrarrevolución y antiliberalismo en la independencia de México* no atañe únicamente a mexicanos y mexicanistas, sino que también convoca a quienes se interesen en el sentido de las disputas decimonónicas en buena parte del mundo atlántico y a quienes se interesen en el discurso antiliberal en sí mismo y como núcleo movilizador. También le habla a quienes en ambas orillas del océano quieran entender cómo se desgajó la estructura imperial de la monarquía española, cómo se fue percibiendo ese desgajamiento y algunas de las muchas caras del independentismo americano. Igualmente interesará a quienes busquen comprender la fragilidad de los experimentos en la era revolucionaria y las disputas sobre la representación y la soberanía, así como los anhelos que imantaba la corona y las reticencias (de muchos) a todo lo que olierá a republicanismo e igualdad. Y mucho aporta sobre las independencias que trataron de conjugar esos anhelos y esas reticencias y resultaron, como la mexicana de 1821, triunfantes.

Es verdad que la extensión y la minucia –comprensibles por la tesis doctoral en la que se origina el libro– podrán alejar a algunos lectores y también es cierto que a veces confunde la proliferación de subapartados y la reiteración de tópicos. Pero en nuestros tiempos de crispación, polarización, bulos y resurgimiento de las ultraderechas, un estudio como este se vuelve necesario al mostrar que el maniqueísmo, las distorsiones, los odios y las nostalgias también tienen su historia.